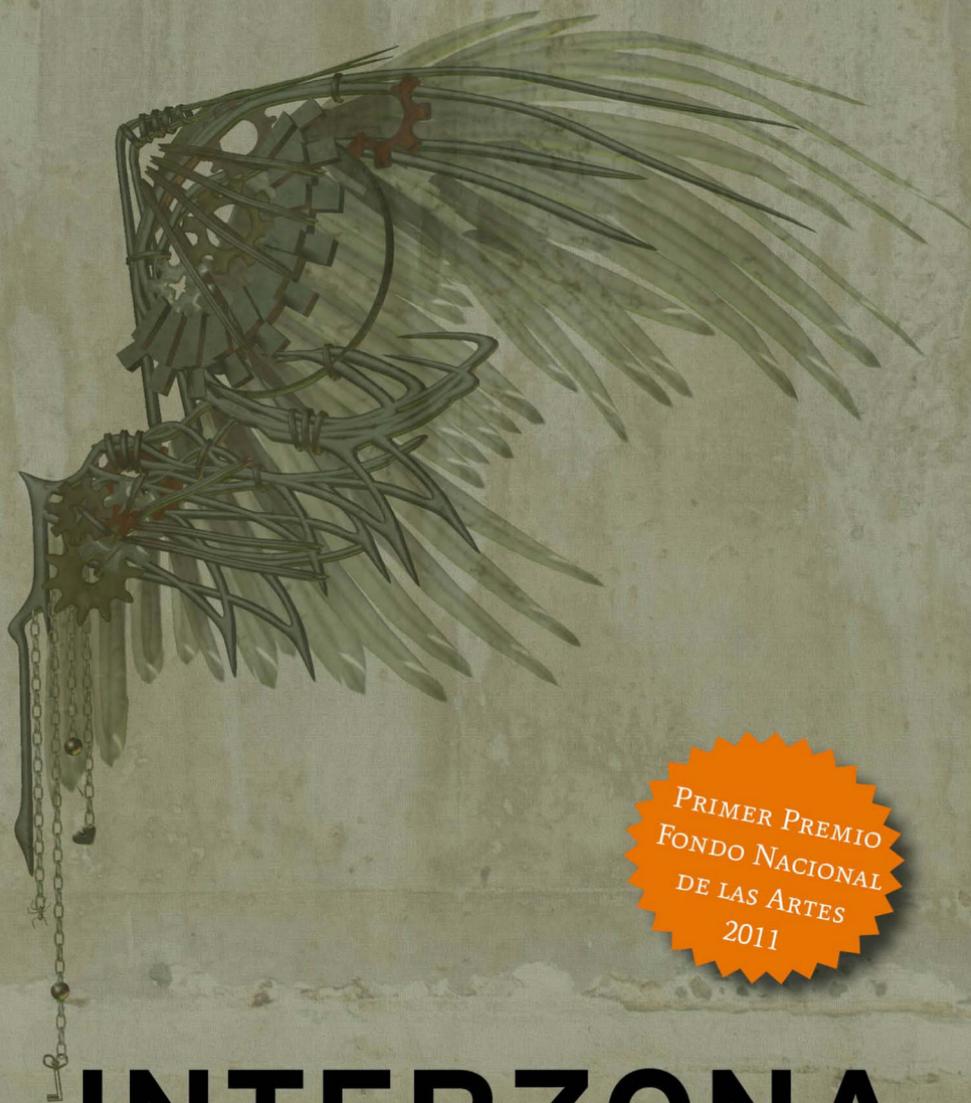


Luis Cattenazzi

A CIENCIA INCIERTA



PRIMER PREMIO
FONDO NACIONAL
DE LAS ARTES
2011

INTERZONA

Luis Cattenazzi

A CIENCIA INCIERTA



INTERZONA

INTERZONA

Cattenazzi, Luis

A ciencia incierta. - 1a ed. - Buenos Aires : Interzona Editora, 2012.

128 p. ; 21x13 cm.

ISBN 978-987-1180-94-3

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 10/09/2012

© Luis Cattenazzi, 2012

© interZona editora, 2012

Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: María C. Soriano

Corrección: María C. Soriano

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Tapa y composición: Olivia Pierrugues

Imagen de tapa: Shutterstock

ISBN 978-987-1180-94-3

Primer Premio del Régimen de Fomento a la Producción Literaria Nacional y Estímulo a la Industria Editorial (Género cuento)

Fondo Nacional de las Artes (Año 2011)

Jurado: Samanta Schweblin, Romina Doval, Juan Sabia.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

A la memoria de Carlos Cattenazzi, mi papá





TEMAS ORNITOLÓGICOS

Se puede decir que soy artista de profesión y escritor de temas ornitológicos por fuerza del entorno. No es que viva en los tupidos parajes del monte misionero, sino más bien todo lo contrario. Decididos a asentarnos en la Patagonia, mi mujer y yo elegimos volver de las grandes capitales a las tierras de nuestra infancia en Bariloche. Lejos de habitar la plácida postal andina de la “Suiza argentina” terminamos compartiendo una división de la casa de mi suegra en los suburbios.

A poco de mudarnos, tuve la oportunidad de aplicar a una convocatoria literaria de la Academia Española de Ornitología. Debía mandar un trabajo para su consideración y sin mayores convicciones recurrí al fraserío suelto para cometer una columna de cien palabras: “El cóndor, mago de las ascendentes”.

El editor prefirió cambiar el título a “El cóndor, mago del aire” y sugirió moderar mis referencias aeronáuticas a Saint Exupéry. Sin embargo, se mostró tan encantado que me comprometió a escribir una columna mensual en su publicación insignia.

Acepté de inmediato, el cambio en euros me favorecía, cubriría todos nuestros gastos. Llegué a temer que mi columna fuera para siempre acerca de cóndores. Me imaginé reformulando hasta el hartazgo párrafos y títulos: El cóndor... “espíritu de Guillaumet”, “rey en las alturas”, “piloto de tormentas”, “saeta de los Andes”, “oscuro buitre del éter”.

La mecánica resultó muy distinta: me enviaban una foto por correo electrónico y yo debía apoyarla con un texto breve *ad hoc*. Malas fotos de pájaros patagónicos; aburridas de simetría: nunca una composición de cuadro, ni una ramita o una flor fuera de foco, mucho menos un cielo por volar. Tal era mi materia inspiradora.

En mi favor debo aclarar que me resistí a esta temática inexorable. Por cada columna entregada creaba yo en paralelo un texto más a tono con mis intereses y mi estilo propio. Así fueron rechazados uno tras otro mis intentos de caranchos judicializados, gorriones en el exilio político, picaflores espectrales, loritos héroes en un rescate de alta montaña.

Resignado, me enfrasqué en una producción warholiana. Y en poco tiempo armé cuatro modelos básicos que podían adaptarse sin riesgos a cualquier foto.

Respecto al tono, me asistían algunas enciclopedias ilustradas y almibaradas del año cincuenta: descripciones grandilocuentes de pajaritos de veinticinco gramos, justo lo que yo necesitaba para urdir una semblanza. Porque eran eso, semblanzas, cuasi personificaciones, sensibleras, inocentes.

Pero habría de redimirme.

Una plomiza tarde a principios de invierno, cuando ajustaba los párrafos finales de mi semblanza de un cauquén que pescaba truchas a orillas de la misteriosa isla Huemul, una metralla urgente de golpes —el tradicional estilo de mi suegra— resonó en la chapa de mi puerta.

—Se me metieron palomas en el tendedero —dijo, justificando la emergencia, agitada aún por haber subido la escalera hasta mi casa.

—¿Qué clase de palomas, Normita? —dije a desgano, por ganar tiempo o por mera deformación profesional.

—Palomas. Punto —bufó—. ¿Cómo que qué clase de palomas? Las de color gris percutido, rechonchas, que hacen un ronroneo burbujeante y que en cualquier momento sueltan sus heces en mis sábanas bordadas.

(No lo dijo con esas palabras, en realidad dijo —puntos suspensivos— “me cagan las sábanas”, pero al momento de transcribir la situación no puedo poner esas palabras en boca de mi suegra).

—¿Y cómo se metieron en el tendedero?

—Supongo que volando —dijo, abriendo las manos con impaciencia—. Volando como palomas. Se metieron desde el alero de arriba, ahí donde viven. Como está por nevar se conoce que han entrado a buscar refugio.

—¿Y no se quieren ir?

Norma me miró.

—¿Cómo se van a querer ir? —dijo—. Si se quisieran ir ya se hubiesen ido solitas, por su cuenta. Por su mirada es difícil adivinarles la intención, ¿no te parece? Más impertérrita que la mirada de una paloma acaso sea la de una vaca mirando al Sudeste. No soy de las que dilapidan su precioso tiempo viendo documentales en el Animal Planet, por si sucediera que un grupo de palomas sobrevolare las sábanas recién lavadas. Por eso —tomó aire—, por eso vengo a que bajes a espantarlas. Venís investigando pájaros desde hace más de un año, algún método habrás aprehendido aunque sea subliminalmente. ¿O me equivoco?

Canté bajito:

—Se equivocó la paloma, se equivocaba...

—¿Cómo?

—Nada, Normita, pasa que yo me he instruido, mal que bien, en especies autóctonas y las palomas me son del todo indiferentes. Son una plaga urbana, quizá conozcan más del tema los hermanos Pinoaga de “Mátelos bien muertos S.A.” que llamamos cuando lo de los topos tucu-tucu en el jardín.

Norma me respondió con un silencio y dándome la espalda. La ansiedad de mi suegra no sabe de excusas. Esas dóciles palomas no estaban en sus planes para esa tarde, de modo que no podían permanecer en el tendedero ni un minuto más.

Desandamos las escaleras hasta la parte baja de la casa. Ya desde el cerco, pude ver la silueta de las tres palomas reposando en el tendedero, equidistantes sobre las sábanas floreadas puestas a secar.

—Qué plato, van dejando huellas de patitas —dije, abrumado por el silencio previo a la nevada.

—Bien —dijo mi suegra y dio un aplauso sordo que no distrajo a las palomas—. Si algo necesitaba de vos es ese agudo poder de observación, esa profunda mirada del escritor, tu sensibilidad artística. Si quisiera escribir un haiku o un poema colombofílico, sin duda estaría satisfecha; pero tratándose de espantar a estos bichos de porquería, voy a necesitar algo de acción.

Obligado por las circunstancias, pasé la verja como quien salta sin retorno de la trinchera a tierra de nadie y me puse a tiro de las palomas. Tengo que confesar que, en un principio, la visión me sobrecogió. Acaso por algún extraño efecto de la luz en las nubes bajas, esas palomas me parecieron una multiplicación del cuervo de Poe, las trillizas “Nevermore”.

Un trueno y un relámpago.

Un trueno y un relámpago, digo, hubieran dado atmósfera y coherencia estética a la imagen arriba descripta, pero nada de eso ocurrió. La realidad es mucho más austera que la ficción.

Las palomas posaron su mirada perdida en mi propia mirada perdida.

Di dos pasos más, haciendo aspaviento con las manos.

—¡Fush, Fush! —grité.

—¿Fush, fush? —Normita a mis espaldas cuestionaba mis métodos—. El día que quiera asustar al gato de la vecina va a ser un gusto pedirte ayuda.

Mi suegra tenía razón, las palomas no se habían inmutado. Si su instinto les había mandado huir de la amenaza, no dieron señales externas de ello. Incluso ahora, una picoteaba el dibujo de las flores.

—Peor —siguió Norma, con una calma que anticipaba la tormenta—. Aquella paloma de morondanga se la agarró con mis crisantemos bordados en hilo perlé. Lo que faltaba.

REFLEXIÓN ESPECULAR

Habían llegado sobre la hora a la entrada del Parque Arqueológico. Callado, Luis deploraba la ocurrencia de Claudia de tomar uno de los minibuses con “color local”: el chiste les había costado un arduo regateo en la estación, un itinerario laberíntico, cabras maniatadas en el portaequipajes, incontables escalas para enfriar el motor o esperar nuevos pasajeros que surgían de las veras de la ruta.

Regatearon también el precio de la entrada y desistieron del guía. Total, en media hora podrían recorrer las ruinas por su cuenta; algo habían leído en Internet. “Seis treinta, cerramos”, los había intimidado el encargado con cara de sabueso cuando cortó los boletos. Acostumbrados a los laxos reglamentos latinoamericanos, esa mirada no los intimidó.

Y ahora, a cinco minutos del filo del reloj, por fin llegaban al centro del complejo: La Pirámide Escalonada. Se habían apurado en las ruinas menores porque les interesaba sobre todo este monumento recién abierto al público tras décadas de excavaciones. Pensaron que lo mejor sería subir y ver el resto desde lo alto, verificar en escala real lo que representaba la maqueta que habían visto ante la boletería.

Los cincuenta metros en subida —parecían poca cosa en el folleto— ya hacían una larga sombra que hendía la selva a sus espaldas. No iban a tener tiempo. Luis tragó saliva antes de sugerir, despreocupado:

—¿Subimos, no?

Claudia lo miró con esa mirada que las mujeres han desarrollado para desestimar propuestas descabelladas de hijos, maridos y toda clase de inmaduros.

—¿Por? —se atajó él.

—Ya cierran —sentenció ella—. No llegamos: mala suerte.

Y como dándole la razón, vieron avanzar a una cuidadora del complejo entre los grupos dispersos de turistas. Se acercaba a hablarles, y todos asientían y miraban sus relojes o viceversa.

—¡Subamos ya! —dijo Luis.

—Vamos a perder el minibús.

—¡Son cinco minutos, Clau! Cinco. Como mucho, diez...

Ella volvió a clavarle la misma mirada que ahora significaba “sí, pero a tu riesgo”.

—Yo no voy —dijo—. Si vas a subir, subí de una vez.

—Dale —dijo Luis, poniéndose la Canon al hombro—. Subo, saco dos fotos y bajo.

—Si tardás más, me voy para la entrada y me tomo la primera combi que pase.

—Sí, sí. Decile a la guardaparque que yo ya estaba arriba, que me estás esperando.

—¡Dejá de decirme que sí como a los locos!

Luis terminó de despanzurrar la mochila y pasó a su riñonera un trípode flexible y el tele de 300. La dejó a Claudia sentada en medio del desorden en el escalón más bajo de la pirámide.

—Ya vengo.

—Cinco minutos, ¿eh?

—Sí, mamá —murmuró él, ya remontando la pendiente.

Cinco siglos de erosión y tres décadas de turismo habían redondeado los escalones en una irregular rampa resbaladiza. Ya en la primera terraza, a medio camino, se arrepintió por haberse apurado tanto. Y después, en la agitación de los últimos escalones, a Luis le pareció que oscurecía. Se vino encima la hora dorada de la tarde, y en medio de ese brillo irreal oyó más fuerte su propia respiración entrecortada.

Llegó a la cima de la pirámide arrastrándose, literalmente. Uno de sus pies había resbalado escalón abajo, y ya no tuvo equilibrio para enderezarse. Como pudo, se abrazó a un bloque de roca y siguió arrastrándose hasta lo llano.

Todavía con la cara aplastada contra la arcilla reseca del suelo, descubrió que no estaba solo: sentado en su reposera de camping, un tipo de bigotes poblados, vestido con pantalones cargo y chaleco lleno de bolsillos, lo miraba con preocupada curiosidad.

—¿Te encuentras bien? —dijo, amagando levantarse.

—Sí, sí, gracias —respondió Luis. Al pararse de un salto para recuperar algo de dignidad, levantó una nube de polvo fino y pegadizo.

A unos metros, en la arista opuesta del cuadrado de la cima, vio a una vendedora ambulante. Sentada de piernas cruzadas, le recordó a una chola del altiplano en su tradicional tapete de colores ofreciendo paquetes y paquetitos. Luis se preguntó cómo era posible que aquella mujer hubiese trepado los sacrificados escalones de la pirámide. Supuso que bajo la exageración de tules y faldas de corte colonial, escondería un cuerpo veinteañero acostumbrado al sofocón del trópico.

El hombre que lo había recibido terminó de levantarse y se le acercó.

—Toma —dijo, y le extendió un pañuelo de papel.

En su confusión, Luis le tendió la mano para saludarlo. En ese gesto torpe, los dedos entrechocaron, y después siguió un poco de malabarismo para evitar que el pañuelo cayera al piso.

Luis sonrió y se limpió la frente, o eso intentó. Seguía transpirando sin pausa, y el polvillo se le volvía barro sobre la piel. El hombre fue atento y le regaló el paquete entero, unos Kleenex en su versión autóctona.

—Winston —se presentó cuando lo vio repuesto—. Profesor Winston Rojas.

Ahora si se estrecharon las manos.

—Así que qué me cuentas —dijo el Profesor—, ¿a ti también te interesa la astronomía?

Luis no oyó bien, la agitación de la altura le zumbaba todavía en los oídos. Negó con la cabeza:

—No, no creo —tomó aire—. En esas cosas, no creo.

Winston lo miró, sorprendido.

—¿Cómo puede ser que alguien no crea en la astronomía?

—Ah, claro. Astronomía. Había entendido astrología.

Winston hizo un gesto, restándole importancia al asunto.

—¿Vienes por el eclipse?

Luis miró su propia cámara porque Winston la había señalado con la cabeza. ¿Eclipse? ¿Cómo se le había pasado la noticia de un eclipse? Quizá porque en el limbo de sus vacaciones hacía días que no leía diarios ni miraba televisión.

—La verdad, no sabía nada de un eclipse.

—¿No? —Winston desplegó otra reposera—. Entonces deduzco que has tenido mucha suerte con el Pase Libre. Yo perdí varios meses para que esos burócratas del distrito me permitieran subir aquí fuera de horario.

—El Pase Libre... —Luis iba a improvisar cualquier respuesta, pero la lengua se le empastó en la boca, y una vorágine de frío lo empapó: la baja de presión, los signos del desmayo.

—¿Te sientes bien? Estás muy pálido, levanta rápido las piernas —Winston dio dos pasos y lo ayudó. En el movimiento, su chaleco de fotógrafo se abrió un poco, y Luis notó un brillo dorado que se asomaba. Con un gesto que pretendió distraído, Winston volvió a meter aquello en su camisa.

Luis, apenas recompuesto, se descubrió sentado en la reposera. Se desabrochó la riñonera y tanteó sus bolsillos. Un caramelo de dulce de leche. El último. Se pegoteó los dedos con el envoltorio y se lo zampó de un bocado: necesitaba tanto el azúcar.

—Gracias.

—Por nada, ya va tomando color.

Ahora que se sentía un poco mejor, pensó en avisarle a Claudia que bajaría pronto. Pero por más que estiró el cuello hacia un costado, el

juego de ángulos de las terrazas intermedias le ocultaba la base de la pirámide. Allá abajo, la otra estaría llevando la cuenta de su retraso; se le habrían agotado las excusas para demorar a la guardaparques.

—¿Entonces piensas quedarte?

—Es que no puedo, me están esperando —Luis se descolgó la cámara—. Saco unas fotos y bajo.

—Ah, ya —dijo Winston alzándose de hombros.

Curiosa interjección. Luis se demoró más de la cuenta en montar el tele, pensando en aquella respuesta anodina. Ese hombre se estaba reservando algo. Cuando terminó de ajustar el obturador, preguntó:

—Y... ¿tardará mucho?

—¿Qué cosa?

—El eclipse.

Winston lo miró contrariado.

—Posiblemente dure entre tres y siete minutos. Como cualquier eclipse.

—No, digo que si falta mucho para que empiece.

—Ah, tú —Winston miró al horizonte que atardecía—. Como verás, no puede faltar mucho. Es un eclipse de sol.

Obvio. Con pretensiones de entendido, Luis oteó también al horizonte para comprobar que el sol estaba cerca de ocultarse.

Winston le había dado la espalda y montaba algunos trípodes en posiciones azarasas. Luis espío con más atención los bolsos que había subido hasta ahí arriba. Los armatostes apretujados entre los cierres eran llamativos incluso para él, que no entendía mucho de óptica.

—Material ruso de posguerra —explicó Winston, adivinando su interés—. De post Guerra Fría, quiero decir. Pesan como un muerto, pero son fieles: puro acero y cristal.

Luis sopesó la fragilidad de su propia cámara, puro plástico y resina orgánica. Por gentileza acarició la carcasa de un cilindro negro que supuso un telescopio tradicional.

—Yo mismo los adapté para las cámaras —dijo Winston—. Es un hobby fabuloso para un astrónomo. Éstos serían la envidia de Einstein.

Ya en 1913 él decía que la gravedad curvaba el espacio-tiempo. Por ende, la luz tenía que verse desviada.

—¿La luz del sol?

—No has leído mucho, ¿verdad?

—La geografía nunca fue mi fuerte.

La chola seguía la conversación, y Luis buscó con la mirada su complicidad. Pero la encontró asintiendo, como si todo el tiempo se lo pasase oyendo hablar de Einstein.

—Ahora presta atención —le dijo Winston, quien aparentemente tomaba su ignorancia como una afrenta. En pleno arrebató académico, explicó que Einstein teorizó que el Sol tenía masa suficiente para desviar la luz de estrellas que están “*detrás*” del Sol.

—Un fenómeno que solo hay una forma de confirmar: durante un eclipse.

Luis no podía observar la cara del profesor mientras decía todo esto: el atardecer se escurría entre las nubes y le daba de lleno en los ojos. Debíó hacerse visera con la mano.

—Llevó años —enfaticó Winston con el dedo índice en alto—. Llevó décadas encontrar el eclipse que demostrara la teoría. Científicos aventureros arrastrando pesadísimos instrumentos a través de territorios en guerra o desafiando la malaria en la profundidad de las junglas. Desde los tiempos del jesuita Buenaventura Suárez a esta parte, los cazadores de eclipses nunca la hemos tenido fácil.

—¿Me sigues? —preguntó saliendo de su trance.

—Claro —dijo Luis, que no lo seguía.

Winston se dio por satisfecho, después dio dos pasos hasta la chola y le habló en dialecto. A Luis le pareció que regateaban. Por fin, ella aceptó el trato y se puso a revisar entre sus botellas y botellitas. Luis ojeó el horizonte: ni miras del eclipse.

—¿Chicha?

Por reflejo, Luis agarró el vaso descartable que le alcanzaba Winston. El brebaje era tibio y olía a fermentos desconocidos.

—Salud —dijo.

El brindis de telgopor sonó patético. Por cortesía, Luis se atrevió a mojar los labios.

Winston dejó su vaso sobre el inestable apoyabrazos de la reposera y se levantó para hurgar entre sus bolsos. Volvió con más ópticas y cables, se puso a enchufar cosas en la estructura principal. Por encima del hombro siguió dando cátedra.

—El que le salvó las papas a Einstein fue el astrónomo Freundlich. Logró tomar una placa fotográfica donde podía verse en tal o cual coordenada la estrella que confirmaba la teoría. Una estrella que, por efectos de la gravedad, aunque localizada detrás del Sol, podía verse claramente *a un costado*. Entonces, Einstein ganó prestigio: probó que su sencilla fórmula era correcta, derrotó a Newton, emecé al cuadrado, etcétera, etcétera. Pero —agregó Winston, misterioso— su teoría más perturbadora nunca fue formulada.

—¿Era la teoría de la relatividad? —arriesgó Luis.

—Pero no, hombre —dijo Winston descartando su torpeza con un gesto—. Se sabe que Einstein y Freundlich hicieron los arreglos de la expedición en un almuerzo en casa del astrónomo. Como Einstein no llevaba encima una pizarra, seguramente desarrolló cálculos y más cálculos en el mismísimo mantel blanco del almuerzo —abstraído, Winston dio vueltas alrededor de Luis y terminó tropezando con su reposera. El fondillo de chicha los salpicó a los dos, pero él ni se dio cuenta. Siguió—: Entre los platos del entremés y la platería del postre, anotó las fórmulas necesarias para que el cazador de eclipses lograra su cometido —perdió la mirada en el recuerdo de la anécdota, como si él mismo hubiese estado ahí—Poseído por la fuerza de la intuición, aquel genio loco debía de haber anotado al margen la ecuación inédita.

—¿Descubrió eso de la luz bifurcada? —dijo Luis.

—¿Pero qué dices? —Winston sonó como un profesor a punto de encajarle un “1”—. En esos garabatos geniales, había un boceto de otra teoría de relatividad. Mejor dicho, de una teoría más general. Pero la mujer de Freundlich, ofuscada por lo que le habían hecho a su mejor mantel de diario, en cuanto los hombres se retiraron a tomar el

brandy, mandó a lavarlo. “Que quede como nuevo”, le habrá ordenado a la sirvienta.

—¿Cómo? ¿Se perdió todo entonces?

—Sucede. El progreso científico no está asegurado: algunos de esos tesoros descubiertos por un hombre se pierden en el olvido, o viene un energúmeno que te incendia la Biblioteca de Alejandría.

Luis aventuró, por regla de tres simple:

—Entonces la fórmula del mantel nunca más se recuperó.

—Así es. Desde el día del mantel de Einstein, la ciencia viene pasando de largo una teoría que otros pueblos conocían a la perfección.

—¿Los alemanes?

Winston lo miró, Luis sintió que hasta la chola lo miraba.

—¿Qué alemanes dices?

—Los alemanes en la Segunda Guerra Mundial —dijo él, recordando algunos documentales aparentemente serios sobre OVNIS nazis y artefactos por el estilo—. Sabían muchísimas cosas que ahora desconocemos.

—No entiendo —dijo Winston—, no importa. A pueblos antiguos me refería yo. Los egipcios, los bárbaros de la Britania, los mayas...

La chola agregó una palabra ininteligible.

—Y los incas, claro —siguió Winston—. Donde veas tú una ciudad en un risco o una pirámide en un llano, allí se tenía este conocimiento. Nuestros antepasados tenían el don de la paciencia, eran sobre todo observadores. Pero, como la ciencia moderna descarta los conocimientos de la tradición, algo se perdió en el camino: una intuición, una ciencia, un arte. Nunca hay que subestimar las tradiciones.

Luis no prestó atención a esto último. Lo distrajo un grito que vino de abajo, de la base de la pirámide, de la selva. Podría apostar que alguien, una voz femenina, lo llamaba. El eco de su propio nombre le resonaba aún en los oídos.

—Creo que me llaman —dijo.

—¿Quién?

—Mi mujer, ¿no le dije? Se impacienta de esperarme.

Contrariado, Winston miró su reloj.

—Entonces mejor que te apures —dijo, y le levantó del piso la riñonera—. No olvides tus cosas.

—Pero voy a perderme el eclipse.

—Desde abajo... —Winston lo guiaba firme, apoyándole la mano en el hombro—. Desde abajo tendrás una bella composición si encuadras la pirámide y el eclipse.

Luis se sacudió la mano de Winston, lo enfrentó:

—¿Entonces por qué ustedes se quedan acá arriba?

Algo en el cielo los distrajo. Incluso la chola miró. Pasando al rojizo agonizante, el sol se liberaba de la capa de nubes que perfilaban una gruesa línea paralela al horizonte. Y lo inesperado: Luis vio —o imaginó ver—, en el círculo solar, una muesca mínima.

—Empezó —dijo Winston, y fue como si recibiera una descarga eléctrica. Se zambulló entre sus aparatos ajustando cada cable y cada perilla.

Viéndolo trabajar, Luis reconsideró lo de la composición. Era cierto: la foto desde la cima de la pirámide sería solo una buena anécdota; pero, si lograba una buena toma con la pirámide incluida, la foto hablaría por sí sola. En su mochila había dejado un filtro ideal para captar el degradé de anaranjados del ocaso.

“Entre tres y siete minutos”, había dicho Winston. Era más fácil bajar que subir. Si se apuraba, llegaría con margen para sacar las fotos. Y, sobre todo, se evitaría los reproches de Claudia.

—Ok —dijo, se calzó la cámara en el hombro y se ajustó la riñonera—. Voy a bajar.

Winston lo miró, miró su reloj, miró el eclipse y volvió a mirarlo.

—Me temo que ya no puedes —dijo negando con la cabeza, y señaló el cielo—. Una vez que ha comenzado...

Luis, que ya había dado un paso adelante, se detuvo:

—¿Cómo que ya no puedo?

—Es que... Voy a necesitar ayuda aquí.

Como le pareció egoísta justificarse con lo de la foto, prefirió buscar otra excusa:

—Mi mujer acaba de llamarme a los gritos —mintió, encogiéndose de hombros—. Si no bajo, me mata: vamos a perder el minibús.

—Son gritos de la jungla.

—¿Qué cosa?

—Que son gritos de la jungla. Pueden confundirse con voces de mujer, pero son los monos chillones. Todo el mundo los conoce.

—Yo no vi ningún mono, Winston.

—Tienen hábitos nocturnos, amigo.

Luis dudó, y Winston volvió a ponerle la mano en el hombro: ahora lo traía de vuelta al centro de la pirámide.

—¿Me ayudarás o no me ayudarás? —apuró, sin sonreír.

Él asintió, sumiso, y en cuanto dio un par de pasos se vio abrazado a una bobina alta y pesada de papel plastificado que la chola acababa de encajarle sin previo aviso.

—Vamos, rápido —dijo Winston—. Hay que extenderlo en cuadrado. Tú sigue paralelo a los que coloque yo. Y que no se ensucie, ¿sabes?

Luis le hizo caso, y en unos minutos cubrieron entre los dos un cuadrado negro de unos metros de lado en el centro de la cima de la pirámide. Él retrocedió un paso: aquello parodiaba el vértigo de un abismo sin fondo.

—Bien —le dijo Winston apreciando la escuadra y limpiando sin disimulo los dedos que Luis había marcado en el polvo.

—¿Entonces ya puedo bajar? —propuso Luis, pero por la posición del sol vio que era inútil desbarrancarse por la pendiente a toda velocidad: chau foto.

Winston ni se molestó en contestarle: volvió a sus aparatos, y con una especie de cañón cargado de ópticas logró que el disco del sol aumentara hasta quedar proyectado con el brillo de una imagen de cine justo en el centro del cuadrado que acababan de armar.

—Perfecto —dijo, hablando para sí mismo—. Listo el proyector prima. Alinear montura ecuatorial. Azimut dieciocho. Obturador... Bien.

Miró a Luis, y él temió que le hubiese preguntado algo.

—Ya que vas a quedarte, mejor te lo explico —ahora, sí le hablaba a Luis—. En vez del proyector de polivinilo negro que acabamos de montar, los incas usaban una fina película de agua. Las pirámides escalonadas tenían piletas poco profundas en la cúspide, justo en ese bajorrelieve cuadrangular. Para observar el fenómeno.

Y, en la proyección, Luis pudo verlo: ¡la sombra del eclipse se devoraba al sol!

—¿El... el eclipse?

—No, el eclipse no —dijo Winston—. La reflexión especular, como la denominamos ahora los relativistas. Espera, y ya lo verás.

En la proyección y en el cielo mismo, el sol se hinchaba un poco, como si tomara aire antes de disolverse en la penumbra roja del cielo. Luis no quiso perderse el espectáculo: prefirió verlo a ojo desnudo.

Winston vino a su lado, le palmeó la espalda.

—Aquellas nubes bajas son providenciales —dijo—. Amplificarán el efecto, lo volverán extremadamente nítido, un *mirage* a escala cósmica. Dudo que otros antes que nosotros hayan tenido tanta suerte —Winston señaló su montaje de aparatos—. Sin la suerte, la técnica no es nada. En todos estos años he llegado a imaginar las técnicas ópticas de aquellos primeros observadores. ¿Sabes *cómo* lo lograban?

Luis distrajo su atención del eclipse para preguntarle, pero Winston se le adelantó:

—Ingeniosos dispositivos ópticos, espejos amplificadores pulidos en oro y plata. Enormes discos, perfectos, montados en armazones móviles encastrados con maderas nobles del Amazonas. Debe haber sido impresionante observar ese brillo de espejos durante el día, rayos surcando el Imperio. La expresión divina del Sol y de la Luna. Pero el objetivo verdadero era observar el fenómeno.

No hizo falta que Luis preguntara dónde habían terminado tantas maravillas: Winston explicó que aquellos enormes espejos pulidos de plata y oro habían sido convertidos en lingotes para la corona.

—Estoy seguro de que alguno de esos discos se conserva —siguió diciendo—, pero la mayoría acabó en acuñado. Lo mismo en los observatorios mayas que miraban al mar. Y algo parecido ya había sucedido en las pirámides egipcias con sus cumbres de oro y mármol transparente. La rapiña de emperadores y huaqueros desmembró finas maquinarias y el conocimiento de siglos.

Luis vio que algo más se proyectaba en la lona negra: puntos de luz, luciérnagas alrededor de ese paradójico sol en penumbras. Miró al horizonte y no pudo precisar las mismas luces. Se preguntó si la chicha no le estaría fermentando las tripas.

—¿Lo ves? —preguntó Winston.

—¿Esas luces...?

—¡Sí, las luces! —dijo con una emoción exagerada—. La reflexión especular. Lo que ves lo han visto pocos en la historia del hombre. Apenas algunos iniciados y altos sacerdotes. Es como un ventanal.

Luis vio cada vez más luces en la lona negra: perfilaban líneas iluminadas, siluetas veloces.

—¿Un ventanal a qué? —preguntó.

—Al futuro.

Desvió los ojos de la lona, miró fijamente a Winston.

—Ven. Mira —Winston le ofreció uno de sus telescopios orientados al horizonte.

Acaso por alguna aberración óptica de la lente le fue imposible ver detalles, pero alcanzó a reconocer la bruma luminosa de una gran ciudad. No se atrevió a arriesgar la ajustadísima orientación del telescopio para confirmarlo, supuso que sería una enorme ciudad allá a lo lejos, valle abajo.

Retiró el ojo cuando empezó a dolerle por el brillo. La distorsión lo había mareado hasta provocarle náuseas y tragó una bocanada de

aire. Encandilado —sintió que se había quedado tuerto—, tardó en recuperar la visión.

—¿Qué ciudad es esa? —preguntó restregándose los ojos.

—Pues mira que no lo sé.

A Luis le pareció extraño que alguien tan seguro de sus cálculos no lo supiera.

—Es decir —siguió Winston—, no lo sé... porque existirá recién en quinientos años.

—¿Cómo?

—*Mira aquí.*

Luis dudó en seguirle la corriente, pero finalmente sometió su ojo sano al otro telescopio. En el declive rojizo de la tarde reconoció el pueblo donde paraban con Claudia. Los faros remolones de los taxis, la Plaza de Armas iluminada a pleno por la Fiesta, las iglesias del 1600.

Miró otra vez a Winston, sin entender.

—¿Has visto? Los dos telescopios apuntan a la misma locación geográfica, solo que el que usamos para proyectar recoge la reflexión specular. La luz es la evidencia visible del espacio-tiempo. La luz se curva, se pliega y se refleja. En condiciones muy particulares, la luz de nuestro propio futuro se curva en la gravedad. Se nos vuelve hacia nuestro presente. ¿Me sigues? Y así podemos observarla.

—Entonces... ¿Es la misma ciudad?

—La misma, pero de aquí a quinientos años.

Luis se agachó para ver el detalle de las luces en la proyección de la lona negra. Intuyó las autopistas iridiscentes del futuro, las torres de ángulos imposibles. ¿Qué clase de energía mantendría bullendo de esplendores a ese enjambre?

Le costaba prestarle atención a Winston, que a sus espaldas le explicaba cómo los egipcios, los incas y los mayas veían un conjunto lumínico distinto. En sus primitivas observaciones, lograban vislumbrar incandescencias extendiéndose en el reflejo y en el horizonte. Imaginaron ciudades donde arderían incontables

antorchas. Ciudades construidas a una altura inmensurable más allá de las cumbres sagradas.

—En ese resplandor dorado que laceraba las nubes, reconocieron las Ciudades de los Dioses —Winston soltó una carcajada, un graznido de cuervo—. El hecho es que ellos... —siguió diciendo, acercándose y golpeando con la mano el talismán dorado que asomaba por el cierre de su chaleco—. Ellos buscaron recrear esas ciudades. Erigieron sus imperios más y más alto en la cordillera de los Andes o en las tierras altas del Nilo. Colmaron de oro sus templos y murallas. ¡Y resulta que ese color dorado era la reflexión especular de nuestras ciudades modernas!

—¿Nuestras ciudades de ahora? ¿Cómo...?

—¿No has visto desde el avión cómo brillan en la noche las grandes capitales? Un magma de oro líquido. ¡Enormes ciudades doradas ofreciéndole su reflejo al laberinto de espejos del universo!

Luis pensó que Winston tenía razón. Le gustaban los aterrizajes nocturnos justamente por ese efecto de las luces: titilaban líquidas, cargadas de energía. Recordó también los apagones de verano en el barrio: a lo lejos podía verse aquel banco de niebla encendido, el fulgor de las luces del centro.

Winston soltó una risita.

—Pero la ironía del asunto —siguió—Es que algo de información se filtró entre los conquistadores europeos. Se empezó a correr el rumor de Eldorado en América, ciudades de oro en las montañas o en el medio de la jungla.

Winston miró a Luis para rematar su punto:

—Las luces de mercurio, amigo —siguió, sacudiéndolo por los hombros—, el amarillo de las luces de mercurio es lo que ellos veían. Así los antiguos intuyeron que si ese reflejo podía verse en el cielo había alguna promesa de eternidad. Y por ese mismo brillo barato de mercurio la ambición de los conquistadores persiguió por décadas un espejismo, un fenómeno cuántico. Como la polilla que arde en busca del corazón de la lámpara.



LAS PÁGINAS DE UN MUERTO

Estimado editor, si usted está leyendo este capítulo del manuscrito que seguramente tiene entre sus manos, entonces significa que he muerto. Mi nombre no importa, pronto lo leerá en los diarios. Además, cultivo un estilo en el que suelo prescindir de los sustantivos propios.

Pero sí nos importa un nombre: Fabio Fulton. Él me citó por primera vez hace cosa de tres años, una noche de otoño, creo recordar.

Llegué antes de la hora al Café Margot, en Boedo; él ya me esperaba en una de las mesas del fondo. No me costó reconocerlo por el parecido con su padre, el escritor Tomás Fulton. (Disculpe que tienda a ser tan minucioso, considero que reconstruir mi versión de la historia en detalle es la única manera de que entienda la verdadera dimensión de esta locura).

—Es un gusto —le dije cuando estreché su mano. Era un gusto, sobre todo, acercarme un poco más al universo de su padre.

Él pareció entenderlo así y me correspondió con un cabeceo breve. Lo vi como un ser apesadumbrado, demasiado consumido para su edad, gris. Iba de elegante sport, el saco raído, y tenía un agujero en el puño de la camisa. Por un momento se me ocurrió que aquellas prendas no eran suyas. “Las ropas de un muerto”, pensé.

—Considero que usted es un gran biógrafo de mi padre —dijo en un intento tímido por romper el hielo.

—Muchas gracias, para mí es un orgullo —respondí. A riesgo de ser descortés dije—: Estoy ansioso por saber en qué puedo ayudarlo.

Fabio me miró, luego jugueteó con su taza de café vacía, después se dobló sobre su ataché que había apoyado en el piso. Cuando volvió a sentarse derecho, tenía entre sus manos un grueso atado de hojas que me recordaron mis propios manuscritos maltratados.

—A mi padre le sucedió lo que a Camus —dijo y forzó una sonrisa—. El día del accidente se dirigía a su casa de General Madariaga. Por eso llevaba con él la novela que estaba terminando. A pesar del vuelco y el principio de incendio, se recuperaron muchas de las hojas. Faltan uno o dos capítulos tan solo, nada grave.

Evidentemente no pude disimular mi ansiedad, y enseguida Fabio me alcanzó el manuscrito. Lo sopesé antes de leer los primeros párrafos del capítulo uno. Se me crispó la piel de los brazos. Había pasado gran parte de mi vida esperando un instante como aquél.

—Leí las imitaciones de estilo que hizo para un libro del sello Paso Borgo —dijo, en un tono que en principio malinterpreté como acusatorio—. A mí me parecieron correctas. Mi padre fue más allá, dijo que era como disfrutar el esfuerzo de haber escrito algo nuevo sin sentarse frente a la máquina.

El cumplido me tomó por sorpresa y agradecí con algún gesto de mis cejas. Él se me acercó un poco más, incluso tuvo que correr las tazas sucias para ganar espacio sobre la mesa.

—Sé que mi padre deseaba publicar esta novela —dijo, en el mismo tono que ahora reconocí conspirativo—. Creo que usted es el más indicado para encargarse de los huecos argumentales.

Me negué dos veces, más por temor a lo desconocido que por convicción. Pero mi Fulton era el mejor que había leído... después de Fulton, claro. A la tercera vez que Fabio insistió, la vanidad me venció definitivamente.

Acepté el encargo y recién noté mi ansiedad irracional cuando me quedé solo en la puerta del café, con el manuscrito bajo el brazo y sin haber arreglado ningún tipo de negocio. No sé por qué en ese instante

sentí que me asomaba a un abismo, pero resistí el deseo de arrojar las hojas al viento.

Aún me arrepiento de no haberlo hecho.

Pasaron tres o cuatro semanas hasta que volvimos a encontrarnos en el mismo café.

Yo había perdido parte de ese tiempo en relecturas de la novela, y en un insólito bloqueo ante esos párrafos que habían quedado mitad en el papel, mitad en el espíritu de un hombre ya muerto. Afortunadamente, apenas conjuré el maleficio, en pocos días logré cerrar dos capítulos y hasta delinear uno de los que se habían perdido.

Excitado, casi fuera de mí, le alcancé a Fabio una copia actualizada del manuscrito.

Él hojeó algunas páginas, luego observó el índice. Su indiferencia me borró la sonrisa optimista de la cara. Casi sentí mis arrugas reconcentrarse en un gesto serio.

—Lo ha digitalizado —fue su único comentario.

—Me pareció lo más prudente —repliqué, mi aturdimiento mutaba a una forma de la ira.

Él se acercó, no me miró a los ojos, y susurró:

—Sería mejor que parezca un manuscrito original... ¿Entiende?

Miré las hojas, lo miré a él.

—La editorial no sabe que faltan partes —siguió—. Les he prometido una obra póstuma, se las he prometido completa. Completa y original.

Mis siguientes acciones se confunden en el recuerdo: tomé de un trago lo que tenía a mano, café o cognac, enuncié mis principios y virtudes morales y escapé, como envuelto en una embriaguez pesada y triste.

Pronto me refugié en mi estudio. Recién entonces descubrí que llevaba el manuscrito bajo el brazo. Volvía a mí igual que las babuchas malditas del cuento de las mil y una noches.

Dejé correr los días, pero por más que intenté olvidar el asunto, cuando entraba al estudio mis ojos iban irremediadamente hasta el

ÍNDICE

TEMAS ORNITOLÓGICOS	9
REFLEXIÓN ESPECULAR	17
LAS PÁGINAS DE UN MUERTO	39
EPISTOLARES UNO	55
EL EXTRAÑO CASO DEL PROFESOR HARM BÖTRICH	59
PATER FAMILIAS	71
EL ARTE DEL DOCTOR MORET	79
EPISTOLARES DOS	95
TEMPORAL	99
ONDAS DEL ESPECTRO VISIBLE	109

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA